

del sufrimiento moral. Cuando la muerte se aproxima hay ya en el moribundo una predisposición psicológica que da lugar, por lo general (según experiencia de médicos y sacerdotes), a una transición suave, sin brusquedades ni violencias. Marañón, decía: «De la muerte se ha hecho un mito. Es más sencilla de lo que parece. La gente se muere tranquila, incluso, algunas veces, agradeciéndola».

El aspecto más desagradable de la muerte, se lo hemos dado quizá nosotros mismos, y consiste en lo que la muerte tiene de idea, de elaboración subjetiva, de amasijo imaginativo y afectivo. Porque el hecho real de la muerte, el tránsito al «más allá», debe ser sumamente sencillo.

La muerte es un fenómeno de orden natural. Es general e inexcusable y nada tiene de extraordinario. El encuentro con el mundo de los espíritus debe revestir estos mismos caracteres de naturalidad y sencillez. Cuando nacemos, nuestra aparición en el mundo real, se desarrolla de forma tan suave, que poco a poco nos vamos sintiendo incluidos en él, sin brusquedades

ni sorpresas. En el terreno de las suposiciones, y salvando las diferencias substantivas, algo así debe ser nuestra incorporación al «más allá».

Reviste gran importancia, para la aceptación resignada de la muerte, el contar anticipadamente con ella; esto es, que no nos sorprenda. El hombre que vive de espaldas a la muerte es, con frecuencia, el que con menos valor la recibe. Debemos pues contar con ella no como una realidad en la lejanía, perteneciente a la senectud, sino como un hecho probable en cualquier momento de nuestra vida. Julián Marías, escribe: «El hombre, en efecto, tiene un esquema o proyecto vital, que incluye a la muerte; solo puede vivir, por tanto, en vista de ella y por eso tiene que saber a qué atenerse, tiene que estar en alguna creencia de eso que llamamos morir; porque si no ocurre así, se encuentra radicalmente desorientado respecto al sentido mismo de su vida y de cada uno de sus haceres concretos, los cuales, solo son posibles, como hemos visto tantas veces, en función de la totalidad del proyecto vital, que adquiere su figura al

contar con la certeza de una muerte doblemente incierta: en cuanto al tiempo y en cuanto a su misma realidad».

Enfrentarse conscientemente con la muerte es provechoso y constructivo. La convertimos en fuente de acción, de energía. En contraposición, hay hombres que sienten por la muerte un miedo infantil, y lo que es peor: que su comportamiento en el campo moral, y en relación con su problema escatológico, es también infantil. Esperan la cercanía de la muerte para arrepentirse entonces de sus faltas, pecados o delitos. Esta visión es ingenua y aññada. Hay que considerar la autenticidad y realidad no ya de la muerte, sino de mi muerte, como meta horizontal de mi vida; y acoplar y ordenar la trayectoria de ésta, mi vida, mi ciclo vital, en armonía con la trascendencia de la meta. Si esta trayectoria es fiel a mis creencias y sentimientos y es realizada con madurez y seriedad, no hay duda que, en el trance de la muerte, reinará la serenidad.

JESÚS SANTOS

# El lenguaje de los PERROS

No decimos, ni queremos decir, que los perros hablen, pero hacen cosas como si hablaran.

Decimos esto a cuenta de un suceso que recientemente nos ha ocurrido, nimio, intrascendente, trivial, todo lo que se quiera, pero de estas cosas, de estas naderías nacieron, en ocasiones, crónicas que después fueron del gusto y regusto de los lectores, claro está que siempre que el cronista sepa darles elevación o profundidad, finura y elegancia, todo eso, en fin, que caracteriza a las privilegiadas plumas que saben hacerlo.

Y vamos al caso. El paseo del Tránsito, el mejor paseo de invierno que Toledo tiene, bien resguardado de los fríos norteaños, con vistas al Tajo y a ese perenne y bello jardín natural de los montes cigarraleros, que tanto encomian, y con razón, nuestros visitantes, como una de las panorámicas más sugestivas y atrayentes del

mundo, casi a tiro de piedra de la ciudad y que en los días de oscura y densa nubosidad parece como si aún quisiera acercarse más a ella enseñándole sus declives, turgencias y depresiones, sus árboles, sus arroyadas, sus caminos y veredas; ese paseo, el paseo del Tránsito, decíamos, tenía un guarda municipal que ya no tiene porque, Pedro, su titular, falleció días pasados.

Pedro tenía, y sigue viviendo el animal, una perra, «Cuca», que le acompañaba a todas partes; perra corriente, vulgar, sin raza determinada, sin lámina bonita, sin estampa atrayente, sin nada, en fin, extraordinaria.

En el paseo del Tránsito, que en esta época del año frecuente, solía coincidir muchas veces con Pedro, el guarda, que me hablaba preferentemente, sobre todo en los últimos tiempos, de su afección a los bronquios, de su asma, de la irregularidad que tenía

en la marcha normal de ese órgano motriz que tenemos en la parte superior izquierda del pecho, afecciones que en días pasados no pudo remontar y se fué con los justos para nunca más volver.

Por diversas razones y circunstancias, la principal el mal tiempo, estuve varios días sin ir por el paseo, y el primero que lo hice, la perra «Cuca» que en vida de su dueño si no me fué esquiva, por lo menos se me mostró indiferente, al verme desde lejos, se vino a mí, dándome muestras de atenciones que nunca había tenido conmigo; primero, mirándome fijamente; después, alzándose sobre sus cuartos traseros; más tarde, moviéndome el rabo en forma expresiva de quererme demostrar su afecto; por último, ante una caricia mía, tumbándose en tierra dando prolongados y asordados aullidos con que los perros muestran sus alegrías o pesares según

la forma en que los emiten.

Me emocionó la perra, porque, ¿a qué aquellos inusitados halagos? ¿por qué aquellas caricias? ¿qué me quería decir el animal?

Relacioné las cosas para interpretarlas. La perra se dió cuenta de que a su amo, Pedro, hacía unos días que no le veía y como a mí, con él, me había visto pasear y charlar, la perra, indudablemente, quería preguntarme, inquirir, saber, conocer su paradero.

Todo esto deduje que quería decirme con sus inusitadas zalemas; todo esto deduje que quería decirme «Cuca» con sus des-acostumbrados halagos ¿la interpreté bien?

Como hay tantos aficionados a estos animales, los perros, con razón llamados los más fieles amigos del hombre, a ellos someto mis inquietudes y si tuve o no acierto en interpretar el lenguaje de la perra «Cuca».

RAFAEL BRUN